



VENGANZA AGARENA.

IV.

UNA REVELACION.

(Continuacion.)

Esto no obstante, y merced acaso á que, no queriendo yo ni afincarme ni hacer ruido y dejándoles entrever los medios de evitar escándalos y de purgar su beatífica posesion de los vicios cardinales de que adolecía, ó como si dijéramos, de su pecado original... logré verificar algunas transacciones, y realizar parte de la fortuna de mis mayores. Pero á cambio de esa fortuna, que buscaba sin pasion y que lograba á costa de una lucha á brazo partido con gente poco acostumbrada á reconocer derechos ni razon en los demas... hube de perder la libertad del corazon y el dominio sobre mí mismo, fuerza que hasta entónces me había hecho invencible.

En una de aquellas conferencias celebradas con el más fiero y más activo de mis demandados, el Sr. de Zegrillan, ví por vez primera á su hija la bellísima y angelical Aurelia. Desde aquel día no fui ya dueño de mí. Lo que no habían conseguido los tigres, la inocente tortolilla lo alcanzó sin pretenderlo: dobló mi voluntad de hierro al yugo de mágico poder. Al encontrarse con los suyos, mis ojos bebieron en sus miradas una especie de néctar embriagador. Sentí que la sangre se agolpaba al corazon y que circulaba por mis venas el fuego de una antorcha fascinadora, pero deliciosa; fuego que no había sentido cerca de ninguna otra mujer. Verdad es que Aurelia reunía á los hechizos de su hermosura el inefable encanto de un alma apasionada. Su mirada de fuego, á la vez melancólica y dulcísima, su expresion angelical, junto con la viveza de espíritu, con la agudeza de su ingenio y con la seducción de su ingenua palabra y de su exquisita sensibilidad hacían de Aurelia una tentacion y un paraíso. Era imposible verla sin adorarla.

El fuego de mis ojos la debió revelar desde el primer momento la llama que los suyos habían encendido en mi pecho: y el carmin de sus mejillas hizo traicion al secreto del suyo.

Presos en las propias redes, buscamos, sin ponernos de acuerdo, medios y modos de vernos más á menudo. Pero lo que al principio fué obra de la candorosa simpatía y del instintivo impulso, concluyó por serlo de trazas, que sugería el amor y que preparaba nuestra correspondencia.

Excusado es decir, que entregado con ardor y sin reserva á los celestiales éxtasis de un amor correspondido, olvidé de todo punto mis negocios, perdí mi circunspeccion y mi fuerza, que consistía en la energía de mi carácter y en lo indomable de mi voluntad. El leon se convirtió en un corderillo.

Pero aquellas debilidades en frente de un poderoso adversario, le denunciaron mi pasion; y desde aquel punto fuí hombre perdido.

Mis concesiones en cuestion de intereses, al propio tiempo que mis frecuentes visitas, y mi cambio súbito y completo de actitud y de lenguaje, no pudieron ménos de despertar sospechas en el Sr. de Zegrillan; y como tenía contra mí el rencor que engendra el orgullo herido, se puso en guardia, y no le fué difícil ver convertidas sus sospechas en realidad.

Desde entónces, su enojo contra mí no conoció límites. Mi debilidad acrecentó su soberbia: y su soberbia alentada por mi flaqueza dió á su odio la ocasion de alimentar horribles proyectos de despiadada venganza.

Nada de todo esto se me debía ocultar. Pero me era de todo punto imposible tomar venganza de aquella soberbia y de aquel desprecio. Érame imposible tratar como enemigo, ni aún como adversario, al padre de mi adorada Aurelia, cuya candorosa pasion venía yo meciedo en esperanzas halagüeñas y en proyectos de celestial bienandanza.

Advertidó de nuestra inteligencia, y sospechando mis pretensiones y las de su hija, el altivo castellano, no sólo se puso en guardia, sino que me arrojó el guante á la cara. Dió órden para que se me cerraran las puertas de su palacio, y despues de increpar dura y despiadadamente á Aurelia, la encerró en su castillo de T...

Lo que vino en pos de todo eso... mi querido tío Pablo... no necesito decíroslo: lo sabeis como yo mismo.

—¡Oh, señor, le dije yo: sé que hicisteis esfuerzos heroicos por templar la feroz altanería y la implacable furia del señor de Zegrillan. Que por obtener de su grado la mano de Aurelia, os prestásteis á lo que repugnaba más á vuestro carácter; más de lo que era de esperar de un noble y de un caballero... pero que todo fué en vano. Ni sumision, ni ruegos, ni generosidad, ni nobleza de vuestra parte, nada bastó á vencer la oposicion de aquel hombre soberbio, ni á despertar sentimientos de padre en su corazon.

Sé que entónces tomásteis por otro camino. Que por él y al cabo de pocos meses lográbais arrancar á vuestra adorada Aurelia del castillo de T... hacerla vuestra esposa ante Dios y los hombres, sustraerla á la saña implacable de su desnaturalizado padre, á costa ¡ay Dios!... de cuántos sacrificios... de cuántos peligros y de cuántas amarguras!...

Vuestra fortaleza de espíritu á todo se sobreponía. Todo era poca cosa para vuestro corazon, que idola-

traba á Aurelia, con tal de saber que estaba segura en su retiro, y que os amaba como siempre.

Y era así, en efecto. Pero ¡ah!... Su fibra delicada, su finísima contextura, la llama misma que supisteis encender en su corazon de fuego, la impresionabilidad de su alma, la actividad de su espíritu... daban una fuerza destructora de su salud á las emociones que venía sufriendo desde su encierro en el castillo de T...

Las asechanzas que su padre os tendía... los peligros que á toda hora corríais por salvarla... la afectaban infinitamente más que la soledad de la clausura, harto parecida á una prision. ¡Si al fin os hubiera podido tener á su lado!... Pero vuestras mismas visitas la conmovían con emociones tan súbitas y tan profundas como encontradas. Al exceso de la alegría se mezclaba ó se sucedía el exceso del terror que la causaban los riesgos á que os veía siempre expuesto. La conversacion más inocente de los criados y doncellas... el menor ruido dentro ó fuera de la casa... el aullido de los perros... el canto de las aves nocturnas... bastaban para sobreescitar su imaginacion y para tenerla presa en insomnios, siempre en continua alarma y agitacion.

No atribuyais, señor, á otras causas su desgraciado fin á seguida de haberos hecho padre de la incomparable Aimar...

(Se continuará.)

ECOS DE MADRID.

El templo de Lope y Calderon, de Tirso y Moreto, de Rojas y Alarcon, de Moratin y Quintana, de Breton y Ventura de la Vega, de Hartzenbusch y de García Gutierrez, ó para hablar en términos más explícitos, el antiguo coliseo del Príncipe, hoy teatro Español, cuyas butacas y cuyos palcos se hallaban desiertos casi todas las noches hace apenas quince días, está de enhorabuena de algunos á esta parte.

Mentira parece que haya habido poder bastante para atraer todas las noches una lucida y numerosa concurrencia á aquel teatro tan triste y tan desierto. ¡Oh poder del ingenio!

El ingenio no ha sido este año, como lo fué la temporada pasada, un hombre avezado en la práctica de los negocios, un gran orador, un buen ministro, un mejor ingeniero, un literato distinguido y un autor eminente. Nó. El ingenio ha sido el de un jóven que no ha cumplido todavía diez y seis años... por lo tanto, el de un niño á quien apenas le apunta el bozo.

Todo Madrid le ha visto y le sigue viendo todas las noches, al finalizar los tres actos de su primera produccion *El esclavo de su culpa*, en la escena del Teatro Español, acompañado de la señora Dardalla, de la señorita Contreras, de Vico, de Zamora y de Rodri uez, que desempeñan aquella comedia, los unos bien y los otros dejando bastante que desear.

No tengo, pues, para qué decir á los lectores de LA CRÓNICA cómo es el jóven D. Juan Antonio Cavestany. Todo el que asiste á la representacion de su comedia tiene ocasion de ver su animada fisonomía, sus ojos negros, vivos y que revelan una elevada inteligencia, su emocion, y al propio tiempo su modestia, al presenciar el entusiasmo del público, que le llama una y otra noche...

Pero lo que tal vez no saben mis lectores de una manera cierta, es que el laureado poeta tenía realmente poco más de quince años cuando comenzó *El esclavo de su culpa* en el mes de Agosto último, puesto que hasta el 31 del corriente no cumplirá los diez y seis.

Es sevillano de pura raza; allí nació, allí ha recibido su primera educacion, allí se hallaba cursando el tercer año de derecho, cuando en los últimos días del mes de Octubre agarró su manuscrito, que acababa de terminar, y se vino á la corte con una infinidad de cartas de recomendacion para nuestros primeros escritores dramáticos García Gutierrez, Ayala, Nuñez de Arce y otros.

La casualidad hizo que fuese el autor de *Herir en la sombra* el primero á quien pudo presentar la carta de recomendacion que para él traía. Al día siguiente oyó el Sr. Nuñez de Arce la lectura de la comedia, y aquella misma noche se la llevó á la empresa del Teatro Español, la cual la puso inmediatamente en ensayo.

Lo demas ya lo saben nuestros lectores. El estreno

de *El castigo de su culpa* fué un verdadero acontecimiento literario, un triunfo completo para su jóven autor.

No puedo decir, desgraciadamente, otro tanto del estreno que tuvo lugar el jueves último en el teatro de la Comedia.

El chiquitin de la casa, título que ha puesto el señor Pina y Dominguez al arreglo que ha hecho de la comedia francesa *Bebé*, que tanto gustó en Paris cuando se estrenó en la primavera última, es una produccion exótica que no podía agradar á nuestro público, el cual no tolera que se exhiban en el teatro personajes de cierto género, como los que aparecen en el segundo acto de esa desgraciada conception dramática, desprovista ademas de las otras cualidades que son esenciales en el teatro; carece de enredo, la trama es vulgar, está desprovista de interes, y por no tener, hasta carece de chistes, abundando solamente los del género subido.

Lástima daba que el Sr. Pina y Dominguez, que ha acertado otra vez en el teatro, hubiese gastado su tiempo en arreglar esa comedia, y todavía me causó más lástima que la excelente compañía que dirige el Sr. Mario haya estado ensayando durante tantos días, hasta conseguir una ejecucion poco ménos que perfecta, una obra que no puede dar resultados beneficiosos á la empresa de aquel coliseo.

Y basta de teatros.

Brillante estuvo la última recepcion de Palacio con motivo de ser los cumpleaños de S. A. R. la princesa de Asturias.

Varias damas de nuestra aristocracia lucían sendas colas, ricos aderezos y elegantes *toilettes*; el cuerpo diplomático extranjero *au grand complet*, los ministros, los altos dignatarios del ejército, de la magistratura, de la administracion, ostentaban vistosos uniformes y no pocas condecoraciones.

Al terminar estas líneas, me dicen que hoy debe verificarse un lance de honor entre dos distinguidos periodistas, á consecuencia de una lamentable polémica de carácter personal.

Yo.

LA MUJER PERDIDA

POR TORCUATO TÁRRAGO

(Continuacion.)

El diablo se dejó comer; y desde aquel día la pobre monja quedó endiablada.

Aunque la historieta que acabamos de contar fué publicada mucho tiempo despues de cuando ocurrieron las aventuras, algun tanto profanas, que acabamos de describir, bueno es manifestar que ya era conocida á fines del siglo pasado. A María podía sucederle una cosa parecida; pero como el diablo no es un personaje vulgar, hubo al fin de despreciar aquella estratagemata para introducirse en el gallardo cuerpo de la jóven.

Esta se contentó con tomar la lechuga y marcharse tranquilamente á su casa, sin pensar, ni por asomos, de que otra lechuga había sido origen de las diabluras de una monja infeliz.

Cuando salió de la huerta oyó las campanas de la iglesia, que tocaban la plegaria de la noche; rezó entónces una ligera oracion y se encaminó rápidamente á su morada; por aquéllas de que no está bien á deshora una doncella por sitios excusados, tanto más cuanto estos se hallan solitarios y desiertos.

Verdad es que la casa de María estaba al otro extremo de la huerta, fuera de los viejos muros de la ciudad, y hacía la parte del campo que se hallaba fronterizo con la Puerta del Sol; pero esto, que podía ser una seguridad para la jóven, no dejaba de tener sus inconvenientes, en razon á que una vez dadas las oraciones nadie transitaba por allí.

Ademas, aquel sitio estaba poblado de grandes árboles, de espesas cercas de nopales y de alguna que otra africana palmera, que se cimbraba al compás de la brisa que venía del antiguo promontorio Caridemo.

María tomó por una veredilla que directamente la llevaba á su morada; y para distraer tal vez el miedo que principiaba á apoderarse de su corazon, se entretuvo en picotear con sus dedos de marfil las tierrias hojas de la lechuga que le había valido nada ménos que el pomposo ofrecimiento de un traje de seda.

A toda mujer, ya sea niña, ya jóven, ya provecita, le gusta producir efecto; y ella no dejaba de sonreírse con los piropos del ex-sargento de Guardias españolas.